REINO DE CORDELIA

Una autobiografía menor de José Luis Garci a través su pasión por el cine

A este lado del gallinero

VISIONES EN TECHNICOLOR Y CINEMASCOPE

José Luis Garci

344 páginas

IBIC: FA

Precio sin IVA: 21,11 €

PVP: 21,95 €

ISBN: 978-84-16968-57-2

@reinodecordelia
facebook.com/reinodecordelia

www.reinodecordelia.es

Para las generaciones de posguerra el cine fue una auténtica puerta a la libertad y a la imaginación. Desde la altura del gallinero, al «Paraíso» de las salas, la vida llegaba con la alegría del Technicolor y CinemaScope, derrotando el gris de la realidad cotidiana. Con esa misma mirada, José Luis Garci reúne una serie de textos donde aborda su pasión por las películas, pero también por la vida, la literatura, el arte… Recuerdos de infancia y juventud, de tiempos a veces no tan lejanos. Análisis críticos sobre géneros como el kitsch, recuerdos de actores y películas… ***A este lado del gallinero*** todo parece verse más nítido, el mundo se presenta a todo color y en pantalla grande, como la realidad mágica de aquellos cartelones gigantes que decoraban las fachadas de los grandes cines que van desapareciendo en la Gran Vía. Autobiografía menor, le llama Garci a estos pequeños ensayos.

El autor

José Luis Garci (Madrid, 1944), cineasta que ganó el primer Oscar para una película en lengua española, *Volver a empezar*, guionista de *La cabina* (Antonio Mercero), también primer, y único Emmy obtenido, hasta hoy, por la televisión en España; ganador asimismo del Goya al Mejor Director y del Premio Nacional de Cinematografía (sus películas han sido cuatro veces nominadas por la Academia de Hollywood), también es Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes. Como escritor, Garci ha conseguido los premios Puerta de Oro de relatos, Clarín, Pluma de Plata, Nueva Dimensión, y así como el Mariano de Cavia, el González-Ruano y el Continente de Periodismo. Entre sus libros, destacan *Ray Bradbury, humanista del futuro*, *Morir de cine*, *Beber de cine*, *Noir*, *Las siete maravillas del cine*, *Campo del Gas* e *Insert Coin* [LITERATURA REINO DE CORDELIA, nº 94]; y de su filmografía, sobresalen *Asignatura pendiente*, *El crack*, *Canción de cuna*, *El abuelo*, *You're the one* y *Tiovivo c. 1950*. Por sus colaboraciones radiofónicas ha sido galardonado con dos Antenas de Oro y el Premio Ojo Crítico de Radio Nacional de España.

Del prólogo de José Luis Garci

Aquellos lejanos años, en los gallineros de los cines de mi barrio (de Madrid) —y supongo que en los de las salas de todas las otras ciudades y pueblos—, la proyección de una película en color era un acontecimiento, una fiesta, sobre todo si era en Technicolor, y no en Gevacolor, Ferraniacolor o Cinefotocolor; ni siquiera en Eastmancolor. Luego, a partir de los años cincuenta, lo normal en los programas dobles era que, junto con el No-Do, los trailers y, a veces, el «Imágenes», una «cinta» fuera en color y la otra en blanco y negro. («Cinta», tampoco ya nadie usa esa definición).

Las tres bandas del Technicolor eran ideales para el cine de aventuras, las fantasías orientales de la Universal International, los chapuzones de Esther Williams, o algunas del Oeste, y, en cambio, les costaba atreverse con el nuevo procedimiento a las películas «serias», a los dramones sociales, a las «de amores», a las policíacas (que luego se transformarían en films noir); igualmente, la grisura se asociaba al cine bélico, al político y a las comedias de Cary Grant, Irene Dunne o Spencer Tracy.

[…] Desde las señoriales butacas del gallinero del Ibiza, el Alcalá o el Narváez, en muchas de cuyas butacas se habían saltado los muelles, aquellas tardes de pan de bola y chocolate terroso —la merienda de toda una generación—, desde aquellos asientos desvencijados, decía, me impactaron por su inolvidable colorido *Duelo al sol*, *Que el cielo la juzgue* y *Las zapatillas rojas*. Qué rojos sangre, qué ocasos; qué azules vacaciones; qué diversidad de amarillos: limón, mostaza, envidia, helado de mantecado, habitación de Van Gogh, taxi neoyorquino…

[…] El caso es que a pesar del Technicolor, con aquella luz tan bonita de las cajas de lata de los bombones, nuestros gallineros seguían bajo el dominio del gris y de lo gris. El gallinero, definitivamente, era amarronado; la borra destacaba en las prendas invernales, y en verano se imponían los niquis, las saharianas, las camisas sudadas y alguna chaqueta mil rayas.

[…] El CinemaScope permitió ver más y, me parece, antes y más cerca. Era algo alegre, como contemplar con tus padres un domingo los grandes cuadros de Velázquez o Goya, Las meninas o Los fusilamientos del 3 de mayo. A los aristarcos, como era de esperar, les faltó tiempo para criticar la pantalla ancha. Seguían prefiriendo, fuera cual fuese la película, el formato clásico, el que más o menos reproducía las medidas del Partenón (1.33:1.). Pronto descubrirían su error. «Es ideal para filmar un hot-dog», decían los progres de abolengo de la época, dándose el famoso codazo moderno. Para mí (y para muchos) fue como una epifanía. (Perdón por la cursilería que acabo de escribir. Olviden lo de «epifanía», vale con «descubrimiento»).